

Elecciones en Estados Unidos 2016

Jesús Antonio Camarillo*

Apenas en agosto, la prensa internacional consignaba titulares que aludían al “hundimiento” en las encuestas del candidato republicano a la presidencia de Estados Unidos, el controvertido magnate Donald Trump. Aunque ya presentes en los meses anteriores con sus cifras, a partir de entonces algunas de las más importantes encuestadoras en el mundo vislumbraron con mayor insistencia lo que parecería ser la inevitable derrota del hombre que había llegado, en el terreno de la política práctica norteamericana, mucho más allá de lo que muchos analistas pudieron haber previsto en la carrera en pos de la Casa Blanca.

A partir de esas fechas, los escándalos y las situaciones en las que se veía envuelto hacían presente la imagen de una madeja llena de postales de signos rupestres que lo hacían ver muy lejos de la idealizada figura del flamante cuadragésimo quinto presidente de los Estados Unidos de América. En una primera impresión, se podría decir que el mundo apoyaba a Hillary Clinton.

Así, el fantástico mundo de las encuestas siguió su rumbo. Puntos más, puntos menos, Hillary llegaba al día de las elecciones posicionada como la muy posible vencedora, aunque por márgenes nada cómodos que hacían prever, pero sólo de manera residual, que las aguas se podrían salir del tranquilo río pintado en las cifras.

Prácticamente hasta unas horas antes de la cita final con el electorado, ambos hicieron campaña. Los puntos torales del discurso de Trump que polarizaron el ambiente político-electoral en sus aristas con directo impacto en los mexicanos estaban muy presentes y la gente casi los tarareaba: la promesa de construir un muro a lo largo de la frontera, cuyo costo habrían de pagar los mexicanos; incautación de las remesas provenientes de sueldos no sujetos “a la legalidad”; renegociación del Tratado de Libre de Comercio de América del Norte, acuerdo bilateral al que Trump ve como un franco contrato leonino, por dar muchos beneficios a los mexicanos y pocos o ninguno a los estadounidenses; deportación de once millones de inmigrantes indocumentados, entre otras cuestiones que hacían ver el infierno de todos tan temido encarnado en un hombre

que, según sus acérrimos detractores, por nada del mundo debería llegar a la Casa Blanca.

Bajo el repiqueteo de esas premisas de campaña del hombre que, para no variar, había dividido al propio partido que lo postuló, llegó el tan esperado martes ocho de noviembre. En los primerísimos instantes en que como cascada la información empezó a filtrarse, en una desconocida “Isla de Guam”, territorio que tradicionalmente arroja los primeros resultados en las elecciones norteamericanas, ganaba Hillary Clinton. Dicho resultado avizoraba buenas nuevas, pues según algunos expertos, los números indican que tradicionalmente el candidato que gana Guam casi de seguro se lleva la elección presidencial. En ese terruño, la candidata demócrata prácticamente arrasó.

Sin embargo, lo que vendría después constituiría el inicio de la debacle. El mapa de los Estados Unidos se empezó a pintar de rojo y el color azul se tornó un componente del todo residual. Estados clave empezaban a fijar con contornos definidos que la tendencia era prácticamente irreversible. Paradójicamente, Trump, que se empeña en construir muros tangibles entre naciones, había logrado en unas horas derribar el llamado “muro azul”, una especie de conjunción de casi una veintena de estados que históricamente otorgan sus votos a los candidatos presidenciales emanados del Partido Demócrata. Ese armatoste azul quedaría derrumbado, al inclinarse estados medulares como Pensilvania y Wisconsin hacia la figura del hoy presidente estadounidense electo.

Al caer la tarde, la ciudad de Nueva York era la viva muestra de los efectos del torbellino. Una compleja ciudad en la que los Clinton sentaron sus reales, se veía aturdida, desencajada. No se podía asimilar tanta derrota en tan pocas horas. Hubo llanto en cientos de personas que no encontraban otra manera de canalizar la percepción de lo ocurrido. Esa noche Hillary prefirió no hablar. Al día siguiente, la ex primera dama salió a defender, en abstracto, la presunta civilidad de lo que los políticos norteamericanos se empeñan en llamar el paradigma de la democracia constitucional contemporánea. Allí, la señora Clinton reconoció su derrota: “Hemos visto que el país está más dividido de lo que pensábamos, pero siempre



<http://notiguia.tv/category/elecciones-eu/>



<https://www.youtube.com/watch?v=q8fhanm1f7w>

creeré en este país. Donald Trump será nuestro presidente. Le debemos una mente abierta y una oportunidad de liderar”.

Luego Trump, en el Salón Oval de la Casa Blanca, se reuniría con Barack Obama anunciando ambos una transición pacífica e institucional. Parecía otro hombre, dejaba las diatribas y se adaptaba, en la medida de sus posibilidades, a las frías formas del decoro y la civilidad.

En tanto, en varias ciudades importantes del país, las protestas contra la elección del magnate no se hicieron esperar. La consigna de “No es mi presidente” rubricaba el descontento postelectoral. Había empezado una nueva era en la política práctica de los Estados Unidos, con

severas implicaciones para el resto del mundo. En la frontera, la gente se tomaba sus “selfies” afuera de las casas de cambio, con la paridad al borde de los veinticinco pesos por uno. Y los memes trumpianos, por supuesto, jamás dejaron de circular.

*Docente-investigador de la UACJ.